

LAS ESTACIONES DEL VIA CRUCIS



Timothy Radcliffe

Ilustraciones de Martin Erspamer

Desclée De Brouwer

TIMOTHY RADCLIFFE
ILUSTRACIONES DE MARTIN ERSPAMER

LAS ESTACIONES DEL VIA CRUCIS

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2016

ÍNDICE

PRÓLOGO.	9
<i>PRIMERA ESTACIÓN: JESÚS ES CONDENADO A MUERTE.</i>	15
<i>SEGUNDA ESTACIÓN: JESÚS CARGA CON LA CRUZ</i>	19
<i>TERCERA ESTACIÓN: JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ.</i>	23
<i>CUARTA ESTACIÓN: JESÚS SE ENCUENTRA CON SU MADRE</i>	27
<i>QUINTA ESTACIÓN: SIMÓN DE CIRENE AYUDA A JESÚS A CARGAR CON LA CRUZ</i>	31
<i>SEXTA ESTACIÓN: VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS</i>	35
<i>SÉPTIMA ESTACIÓN: JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ.</i>	39
<i>OCTAVA ESTACIÓN: LAS HIJAS DE JERUSALÉN.</i>	43
<i>NOVENA ESTACIÓN: JESÚS CAE POR TERCERA VEZ</i>	47
<i>DÉCIMA ESTACIÓN: JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS</i>	51
<i>UNDÉCIMA ESTACIÓN: JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ</i>	55
<i>DUODÉCIMA ESTACIÓN: JESÚS MUERE EN LA CRUZ.</i>	59
<i>DÉCIMOTERCERA ESTACIÓN: JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ</i>	63
<i>DÉCIMOCUARTA ESTACIÓN: JESÚS ES PUESTO EN EL SEPULCRO</i>	67
BIBLIOGRAFÍA	71

PRÓLOGO

Casi todas las iglesias católicas albergan una representación de las estaciones del via crucis en sus muros. Moviéndonos de una estación a la siguiente, acompañamos a Jesús en su breve trayecto desde el palacio de Poncio Pilato en Jerusalén, donde fue condenado a muerte, al pie de la cruz y, por fin, a su sepultura. Este corto y tortuoso trayecto se produjo en una ciudad bochornosa y polvorienta de Oriente Medio hace dos mil años. ¿Qué sentido tiene reproducirlo hoy en iglesias desde Alaska a Ciudad del Cabo? ¿Qué está sucediendo aquí?

Esta antigua devoción es el fruto de dos tradiciones que mantienen una fecunda relación de tensión entre ellas. De un lado, Dios está en todas partes; nosotros no tenemos que ir a ningún sitio en particular para encontrarnos con lo divino. Dios está igual de presente en Johannesburgo o Yakarta que en Jerusalén. De otro, Dios se hizo carne y sangre en este ser humano concreto que vivió en un remoto puesto avanzado del Imperio Romano, el cual sigue siendo todavía hoy para nosotros por dicho motivo Tierra Santa. ¡Hacemos que despierten interesantes formas de ver las cosas al rozarse entre ellas tradiciones contrarias!

Los cristianos de la primera centuria creían firmemente en la omnipresencia de Dios. No necesitamos lugares santos para estar en contacto con Dios. Jesús dijo a la mujer samaritana

del pozo: “Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén, adoraréis al Padre” (Jn 4,21). Esteban, el primer mártir, fue arrestado por “no parar de hablar en contra del Lugar santo y de la Ley” (Hch 6,13). La expansión del cristianismo a lo largo del Mediterráneo y la destrucción del Templo en 70 d.C. confirmaron a la nueva fe en su independización de todo lugar santo. Se puede ser cristiano en cualquier sitio.

¡El cristianismo lleva la globalización en sus genes desde el principio! Gregorio de Nisa decía ya en el siglo IV que “cambiar de lugar a nadie lo acerca más a Dios, sino que allí donde tú estés Dios vendrá a ti”. Martín Lutero despreciaba a los cristianos que veneraban lugares santos: “En cuanto al sepulcro en que yace el Señor, ahora en poder de los sarracenos, Dios le concede el mismo valor que a todas las tierras de pastoreo de Suiza”.

Y, sin embargo, desde el principio se hizo sentir una tensión con otra tradición, nacida en el deseo religioso universal de marchar en peregrinación. El cristianismo mantuvo vivo el amor de los judíos por Jerusalén y el Templo: “Prefiere Yahvé las puertas de Sión a todas las moradas de Jacob” (Sal 87,2). Se ha dicho que la narración de la Pasión en el Evangelio de Marcos hunde sus raíces en la versión más antigua de las estaciones del via crucis, cuando los peregrinos reandaban el camino seguido por Jesús en sus últimas horas¹. El ángel dice a las mujeres junto al sepulcro vacío: “Ved el lugar donde le pusieron” (Mc 16,6). La gente acudió de hecho desde el primer momento a verlo.

El culto a los mártires condujo a que se hicieran peregrinaciones a sus sepulcros. Del siglo IV en adelante, Tierra Santa se

1. Rowan Williams, *Meeting God in Mark*.

convirtió en el destino por antonomasia de los peregrinos. La madre de Constantino, Helena, afirmaba haber encontrado allí la cruz auténtica y el sepulcro de Jesús. Los peregrinos acudían a ver los lugares en que había vivido y muerto Jesús. San Jerónimo escribía a Marcela: “Cada vez que entramos en el sepulcro vemos al Salvador depositado en su mortaja, y si nos detenemos allí por un momento todavía podemos ver al ángel sentado a sus pies y, junto a su cabeza, el sudario doblado”.

Pero la mayoría de los cristianos de Europa occidental jamás pudieron ponerse en camino a Jerusalén. El viaje era demasiado largo y muy caro, y extremadamente peligroso además, sobre todo en épocas de conflicto entre el cristianismo y el Islam. El via crucis acabó así por ofrecer a todo el mundo la oportunidad de hacer en cualquier sitio esa peregrinación sin para ello tener que abandonar su hogar. Todo lo que uno tenía que hacer era acudir a la iglesia de su localidad. Fue una brillante reconciliación de esas convicciones enfrentadas, que conservan, cada una de ellas, una verdad de nuestra fe: Dios está en todas partes, y es maravilloso que compartiera su vida con las nuestras en un tiempo y lugar concretos. En cualquier lugar del mundo, desde Chicago hasta Tokio, podemos caminar con Jesús y verlo abrazar a su madre, encontrarse con las hijas de Jerusalén y ser crucificado y sepultado.

Es esta una hermosa expresión del núcleo de nuestra fe, que consiste en que Jesús hizo suyo el drama de toda vida humana, nuestros triunfos y fracasos, nuestras alegrías y nuestras penas. En las estaciones del via crucis recordamos que el Señor está con nosotros, especialmente cuando parecemos estar bloqueados y sin saber muy bien cómo seguir. Él camina a nuestro lado, tropieza con nosotros cuando vacilamos y nos ayuda a volver a levantarnos.

Todo eso empieza con su condena a muerte. Es aquí cuando nos introducimos en su Pasión. No se trata solo de que Jesús sufra; esa Pasión había empezado mucho antes. “Padeecer” significa en un sentido literal ser objeto de acciones llevadas a cabo por otros. Jesús es tratado como si fuera un objeto. Es condenado; forzado a llevar una cruz; vencido por el agotamiento; y, tras ver perforada su carne con clavos, traspasado con una lanza, muerto y sepultado. Él está a nuestro lado cada vez que sentimos que nuestras vidas no están en nuestras manos, que nos conducen a empujones, que se nos somete a humillaciones, y que somos convertidos en víctimas y utilizados mientras caminamos a la deriva e inermes hacia nuestra muerte.

Cada estación recuerda un momento en el que Jesús hizo un alto. Una “estación” es lisa y llanamente un lugar en el que pararse, como paran los trenes en las estaciones del ferrocarril. Jesús se detiene para dirigir a personas palabras de consuelo; se detiene al derrumbarse vencido por el agotamiento, incapaz de seguir adelante; se detiene en el Gólgota, por ser este el destino final de su ruta. Está próximo a nosotros cuando nosotros mismos nos vemos también detenidos en nuestro camino, preguntándonos si seremos capaces de continuar. Nosotros podemos haber sido obligados a detenernos por enfermedades o fracasos, por la aflicción o la desesperación. Pero Jesús sigue adelante, recorriendo lentamente su camino hacia la cruz y la resurrección, y llevándonos con él en la esperanza. Partamos, pues.



Primera estación

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

El proceso de Jesús es una farsa. Poncio Pilato no piensa que sea culpable. Lava sus manos de toda responsabilidad, pero no hace gran cosa por salvar a Jesús. ¿Obra así por no ser más que un cínico, aburrido de una situación que en realidad no le interesa? “¿Qué es la verdad” –pregunta a Jesús (Jn 18,38)–. ¿O por los beneficios que reporta ofrecer una imagen de firmeza frente al delito, incluso aunque el condenado a sufrir el castigo resulte ser una persona inocente? Tal vez lo único que ocurre es que tenga miedo a los acusadores de Jesús. Sea como fuere, tras oponer una resistencia simbólica, accede a los deseos de la muchedumbre.

Personas que se enfrentan a su ejecución por motivos similares las hay por todo el mundo. La hermana Helen Prejean mostró en *Dead Man Walking* que un gran número de personas, en los Estados Unidos casi todas ellas hombres y mujeres pobres de raza negra, son condenadas a muerte en ausencia de una asistencia legal apropiada porque los abogados no han estudiado su caso ni parecen tener ningún interés en su situación. Los gobernadores siguen siendo todavía hoy remisos a despedir una imagen de debilidad o arriesgarse a perder popularidad, y como consecuencia de ello personas inocentes

acaban siendo ejecutadas. Piense el lector en los cien mil cristianos que mueren todos los años nada más que a causa de su fe. Todos ellos comparten la condena de nuestro Señor.

Pero, ¿no hacemos nosotros también a menudo lo mismo, cuando condenamos a los demás sin apenas prestar atención a lo que realmente hacen y piensan? De los pobres pensamos que lo son por ser unos parásitos, unos irresponsables y unos vagos. Tratándose de otros, siempre tenemos lista una palabra rápida de condena. Es posible que lo que nos dé miedo sea diferenciarnos del rebaño. Siempre es peligroso disentir de lo que piensa la mayoría.

A veces se trata únicamente de que nos da pereza descubrir la verdad. En cierta ocasión me vi sentado a la mesa junto a una capellán seglar de universidad que despachó con desprecio un documento preparado por los obispos de Inglaterra y Gales. “Pero si es un documento bonito y lleno de matices” – dije yo–. “Yo no matizo” –replíco ella por toda respuesta–. La verdad y la justicia exigen que maticemos, que deslindemos con sumo cuidado lo verdadero de lo falso antes de emitir un juicio

Jesús es acusado por sus enemigos. Soporta todas las acusaciones que cargamos sobre las espaldas de otros, todas las palabras maliciosas de condena y desprecio. Nuestros medios de comunicación abundan en juicios acusatorios y denigrantes. Hacemos a otra gente blanco de bromas y la ridiculizamos. Siempre que así lo hacemos, Jesús carga con ello. Pero cuando venga el último día a juzgarnos, lo hará con gentileza, dispuesto a perdonarnos. Nosotros le hemos condenado cada vez que hemos despreciado y menospreciado a otras personas, pero él nos absolverá con solo que aceptemos su misericordia.